

Muchas líneas se han escrito sobre Octavio Paz. Para algunos es el gran escritor mexicano, para sus críticos es un intelectual que abandonó sus ideales para entregarse a los beneficios que da el ser amigo de los políticos en este país. Al final de su vida estuvo muy cercano al PRI, de esta forma Paz generó todo tipo de comentarios, pero lo que es innegable es su calidad literaria.

Nació en la Ciudad de México el 31 de marzo de 1914, en medio de la Revolución Mexicana. Fue criado en Mixcoac por su madre, Josefina Lozano, una mujer religiosa, así como por una tía y su abuelo paterno, un soldado retirado de las fuerzas de Porfirio Díaz, intelectual liberal y novelista. Su padre, también llamado Octavio Paz, trabajaba como escribano y abogado para Emiliano Zapata y estuvo involucrado en la reforma agraria que siguió a la Revolución, estas actividades provocaron que se ausentara durante largos periodos de casa.

Paz desde pequeño tuvo contacto con la literatura gracias a su abuelo. Descubrió a los poetas europeos Gerardo Diego, Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado durante la década de 1920, que influyeron sus escritos. Fue un poeta comprometido, en sus comienzos con la izquierda; más tarde, poeta existencial y en ocasiones, poeta con tintes surrealistas, pero finalmente siempre poeta.

En 1937, Paz terminó sus estudios universitarios y viajó a Yucatán en busca de trabajo en una escuela cercana a Mérida. Ahí comenzó a trabajar en su poema *Entre la piedra y la flor* (1941, revisado en 1976), el

cual describe la situación y la fe del campesino mexicano como resultado de una sociedad capitalista.

“En 1937, Octavio Paz tiene 23 años y es previsiblemente de izquierda. [...] Paz es profesor en Mérida en el programa de escuelas para los obreros, defiende a la República española y escribe poesía política de cuya calidad recelará, pero en donde ya explora las tensiones entre poesía e historia, una de sus obsesiones recurrentes: ‘Has muerto, camarada / en el ardiente amanecer del mundo...’”, escribió en *Letras Libres* Carlos Monsiváis.

Pronto se desencanta de la idea mecánica y mesiánica de la revolución propuesta por Stalin, esto provoca que muchos lo llamen anticomunista. Sin embargo, siempre crítico, Paz se aleja de los dogmas de fe, pero no de su compromiso ideológico, prueba de esto es su renuncia a la Embajada de India después de los acontecimientos del dos de octubre de 1968. La matanza de Tlatelolco indigna al poeta que escribe:

La vergüenza es ira / vuelta contra uno mismo: / si una nación entera se avergüenza / es león que se agazapa / para saltar.

De esta forma, Paz se convierte en el único funcionario que discrepa abiertamente de la impunidad homicida del régimen de Gustavo Díaz Ordaz. “Los sectores democráticos localizan en Paz a un líder moral, pero Paz no está dispuesto a un rol estatuario y no se identifica con la imagen romántica y militante que se le propone. Lo suyo no es abanderar a la izquierda y no combate a las instituciones y al Estado mexicano, sino aboga por la de-

mocracia y analiza sus gravísimas imperfecciones”, afirmaría Carlos Monsiváis en su texto titulado *Octavio Paz y la Izquierda* publicado en 1999.

SU CERCANÍA A SALINAS DE GORTARI

Octavio Paz afirmaba que las posturas de derecha e izquierda con el paso del tiempo desaparecerían. Crítico del PRI, al final de su vida legitimó el gobierno de Carlos Salinas de Gortari, quizá el presidente de México más odiado, pero también el hombre que logró seducir como pocos a los intelectuales del país.

En una entrevista realizada por Julio Scherer en 1994, el poeta no dudó en afirmar que: “Las reformas que ha llevado a cabo el gobierno de Salinas rompen, definitivamente a mi juicio, con el patrimonialismo tradicional de México. [...] Han sido decisivas las reformas económicas y políticas realizadas por Carlos Salinas y su equipo. Más jóvenes que los políticos anteriores y con mayor sensibilidad histórica, se dieron cuenta de los cambios de la sociedad mexicana y obraron en consecuencia. Así han logrado sacar al país del pantano en que había caído [...] Hemos salido de la ruina, hemos saneado nuestras finanzas y hoy asistimos a la recuperación de nuestra economía; se han restablecido el crédito internacional y la economía mexicana, gracias a las privatizaciones, se ha puesto en movimiento [...] Y algo más que no se ha dicho: han contribuido indirectamente al proceso de democratización”.

Por desgracia para México, en esa ocasión Octavio Paz se equivocó.

EL LABERINTO DE LA SOLEDAD

Paz fue capaz de desnudarnos y retratar el complejo estilo de vida del mexicano, a través de su ensayo *El Laberinto de la Soledad*, texto que lo mismo ha provocado complejos análisis que divertidas canciones de rock. Para el historiador Enrique Krauze nadie en México, salvo Paz, había visto en la palabra “soledad” un rasgo constitutivo del país y sus hombres, de su cultura y su historia.

En *El Laberinto...* lo mismo se habla del pachuco, que de la madre o de nuestro gusto por la muerte. El impacto que ha tenido este ensayo en México y mucho más en el extranjero, ha sido impactante. Es frecuente encontrar, incluso hoy en día, estudios críticos que toman como base sus postulados para analizar conceptos y hechos históricos como la Revolución Mexicana, la fiesta o el ser del mexicano.

En este ejercicio de imaginación crítica, el autor nos reveló que los mexicanos somos resultado del violento encuentro de dos culturas. Una que profana, que vence, que penetra. Otra que se humilla, que se abre, que acepta. Y de tan singular unión nace el mexicano: el que no quiere abrirse ante el temor de perder, que iguala la hombría a no rajarse nunca. Entonces la mayor virtud es ser cerrado, tener una máscara que impida a los otros, al mundo exterior, penetrar en su intimidad. Pero es una careta muy frágil: hasta una borraquera la puede romper.

En 1990 Octavio Paz ganó el premio Nobel de Literatura y ocho años después, un 19 de abril, moría a los 84 años de edad víctima de cáncer en la columna vertebral. §